



LOS ASEDIOS AL MUNDO ACTUAL

Felipe GONZALEZ

Monseñor Casaroli, durante mucho tiempo secretario de Estado del Vaticano y hombre especialmente inteligente, decía que un buen predicador sólo debe plantear tres puntos de reflexión, porque a partir del tercero se pierde la atención y, en consecuencia, el tiempo. Voy a cometer la herejía de ofrecerles no tres sino siete puntos de reflexión en torno a las condiciones y exigencias que nos impone a todos la situación actual.

La globalización

Vivimos lo que todo el mundo conoce como la globalización de la economía, un proceso de mundialización que tiene efectos que asustan a algunos sectores de la izquierda y también provocan reacciones hipernacionalistas de introversión ante el desafío de lo desconocido. La globalización no es un fenómeno nuevo. Ha ido siempre acompañada de

una transformación en el sistema de comunicaciones entre los seres humanos y de nuevos descubrimientos que abren nuevas etapas en la historia. El mundo se hace redondo en el siglo XV cuando se encuentra el llamado Nuevo Mundo, en tantas cosas más antiguo que el Viejo. A partir de ese momento hay un proceso permanente de globalización y una incesante revolución tecnológica que afecta a todos, llámese la revolución de la vela a la má-

*No sabemos
todavía cómo se va
a organizar la comunidad
internacional.*

quina de vapor, del transporte terrestre al transporte aéreo, del hilo telefónico a la comunicación inalámbrica, etcétera.

No obstante esa vieja historia, hoy se habla de globalización de una manera especial, porque está pasando algo que realmente produce una gran aceleración del proceso. No hablo sólo, ni fundamentalmente, de la mundialización en términos comerciales. Los crecimientos del comercio mundial son semejantes a los que se han vivido en otras épocas. Pero hay algunos movimientos espectacularmente nuevos. Por ejemplo, ahora vivimos la información en tiempo real. Sabemos lo que pasa en el mundo en tiempo real, sabemos lo que ocurre en cada sitio, y ese saber instantáneo o simultáneo, ese impacto de la revolución tecnológica, es lo que define un nuevo fenómeno de mundialización junto a un cambio político trascendental: la liquidación de la política de bloques, el fin de la bipolaridad, todavía no sustituida por nada.

El presidente norteamericano George Bush utilizó una brillante frase para definir la inauguración de esa nueva época. Dijo: «Ahora recogeremos los dividendos de la paz». Lo cierto es que la paz tarda y los dividendos se ven lejanos. Hemos liquidado el orden bipolar, la política de bloques, pero no sabemos todavía cómo se va a organizar la comunidad internacional.

Frente a la globalización, los responsables políticos y también los sociólogos suelen enumerar el catálogo de desastres: deslocalización de inversiones, abandono de zonas del planeta al subdesarrollo para siempre, las nuevas crisis que se plantean en el sistema capitalista, etcétera.

Hay reacciones negativas, incluso hay líderes políticos que quisieran volverle la espalda a este fenómeno. La globalización, no hay duda, abre grandes incertidumbres, pero también grandes esperanzas. El problema es saber si somos capaces de limitar riesgos y aprovechar oportunidades, cada uno de nosotros y entre nosotros. Porque la globalización como fenómeno no se puede negar ni excluir. La revolución de las telecomunicaciones lo hace imposible. Negar que el hombre llegó a la luna, bueno, era una buena excusa para los poetas hace todavía medio siglo, pero negarlo ahora sería negar una realidad frente a la que uno no debe ni puede plantearse ninguna responsabilidad política. La revolución tecnológica está acelerando este proceso, no sólo inevitable sino creciente, de globalización, que es el segundo de mis siete puntos de reflexión.

La revolución tecnológica

Hace poco participé en un coloquio en el que alguien proponía gradualizar la transformación tecnológica para limitar el costo social de los procesos de cambio estructural. No creo, desde el punto de vista intelectual, que esa aproximación sea correcta. Al igual que la globalización, el cambio tecnológico exigido por una economía competitiva, abierta al mundo, no se puede gradualizar. Mucho menos negar. Hay que asumir y enfrentar el desafío de la revolución tecnológica con sus consecuencias.

El costo social puede ser alto, pero será tanto más caro cuanto más se niegue uno a enfrentar el desafío.

Pertenezco a un país que perdió la primera y la segunda revolución industrial. No estoy dispuesto a asumir la responsabilidad de que mi país pierda la revolución tecnológica, lo que llaman la revolución de la inteligencia. Esta aproximación al desafío tecnológico es previa a cualquier alternativa ideológica, es una aproximación transversal. Admito que se puede ser conservador progresista, socialista, liberal o «socialista a fuer de liberal», como dijo Indalecio Prieto en 1922. (Entre paréntesis, ésa es una hermosa definición del socialismo que ahora algunos tratan de recuperar: ser socialista a fuer de liberal. En efecto, cuando el liberalismo agota su lógica, yo sólo encuentro solidaridad en el socialismo pero no renuncio nunca a ser un hombre de talante liberal.) Se puede ser de la tribu política que se quiera, pero ante la revolución tecnológica lo primero que tiene que quedar claro para los responsables políticos, y para cualquier persona que asuma una responsabilidad en su país, es que uno no puede volver la espalda a ese cambio mayúsculo del mundo.

¿Qué problemas plantea la revolución tecnológica? Plantea un triángulo problemático realmente difícil de equilibrar, un triple problema de competitividad, de empleo y de sostenibilidad del Estado de bienestar en las sociedades desarrolladas.

Los problemas de competitividad son visibles. Quien no se adapta, y rápidamente, a los cambios tecnológicos con un proceso permanente de reconversión y de reestructuración, queda tarde o temprano fuera del mercado. Y nadie será capaz de cerrar las fronteras en una

imperial autarquía, salvo a costa de un retraso o de un rezago histórico todavía mayor y a veces irrecuperable.

El desafío ineludible de la competitividad plantea por su parte un gravísimo problema de empleo, por el incremento de la productividad de cada persona ocupada, que la misma revolución tecnológica está provocando. Esta revolución, conviene recordarlo, empieza con la crisis del petróleo de los años setenta, cuando las materias primas se encarecen. Se impulsa entonces un proceso de cambio tecnológico cuya finalidad última es liberarse de la dependencia de unas materias primas que pueden costar muy caro. Los países desarrollados son dependientes energéticamente, y no quieren renunciar, naturalmente, a su nivel de desarrollo. Su respuesta a ese desafío es un proceso de cambio tecnológico que incrementa la productividad hasta extremos inconcebibles. Simplifico mucho, pero, por ejemplo, España produce hoy el doble de riqueza que hace veinte años. Es decir, ha multiplicado por dos eso que los técnicos llaman producto interno bruto. Pero la población ocupada es prácticamente la misma hoy que hace veinte años. No veo que el horizonte de ocupación vaya a cambiar mucho en los próximos veinte. La productividad, sin embargo, se habrá multiplicado entonces no por dos sino por tres. En consecuencia, la misma población ocupada podrá producir de nuevo el doble de riqueza, o tal

***La globalización
crea grandes incertidumbres,
pero también grandes
esperanzas.***

vez más, si mantenemos la competitividad.

Se plantea entonces uno de esos problemas clásicos de las sociedades desarrolladas: esa base de población ocupada debe ser capaz de sostener a lo que son sectores pasivos de la sociedad, a las personas mayores y los desempleados, en una política de solidaridad a través de las pensiones, los servicios públicos, la sanidad, etcétera. Pero esa base de la población ocupada se seguirá estrechando, al tiempo que está cambiando, y profundamente, el concepto de solidaridad. Esto realmente me preocupa.

Los discípulos de Carlos Marx dirían que la solidaridad es en lo fundamental una experiencia de clase. Digamos en términos sociológicamente un poco más modernos, y desde luego más políticamente correctos, que la solidaridad es una experiencia vital compartida. El entorno de la experiencia vital compartida está cambiando, ha cambiado extraordinariamente. Pondré algunos ejemplos. El trabajo en la agricultura de grandes masas de trabajadores recogiendo la cosecha ya no se produce en esos términos. Se obtiene hoy de manera absolutamente automatizada y mecanizada. Pensemos en la industria textil. Han pasado a la historia los grandes telares en los que miles de hombres o mujeres desarrollaban su empleo como parte de una cadena de producción. Lo mismo ha

sucedido o tiende a suceder en las grandes siderurgias, en los grandes sectores de la construcción naval, y en la minería, donde de padres a hijos y a nietos se reproducía un mismo sistema de trabajo y de vida, casi siempre una misma profesión. Había pequeñas subidas en el escalón social. Si el padre era peón, tal vez el hijo consiguiera ser especialista y tal vez el hijo del hijo, oficial de primera o maestro. Pero siempre dentro de la misma estructura social, compartiendo la misma vivencia en el barrio o el pueblo, de la noche a la mañana, generación tras generación.

Bien, el sistema productivo ha cambiado, la revolución tecnológica está liquidando esto. No es que no exista ya, estamos en una época de transición, pero en mi país no quedan telares con 2.500 mujeres —los famosos telares de Cataluña ya no existen. No quedan siderurgias con 15.000 trabajadores, ahora hay siderurgias «de bolsillo». En resumen, para entendernos: va desapareciendo el trabajo en cadena. El hombre se ha vuelto un nuevo pastor de máquina, como parte de la máquina en la cadena de producción. La revolución tecnológica lo va a liberar de ese proceso, ya no cerrará las botellas de vino dando con un martillo al tapón de corcho. Eso es una liberación, sin duda, pero ese cambio radical del trabajo está creando una conciencia distinta que afecta a la solidaridad. ¿Recuerdan la imagen de Charlot en *Tiempos modernos*?

***La solidaridad
sólo se expresa hoy
en el sistema
educativo.***

Como experiencia vital compartida, la solidaridad sólo se expresa hoy en el sistema educativo, a través del sistema educativo, siempre que se tenga una educación que ofrezca igualdad de oportunidades. Lo que nosotros llamamos educación pública —aunque a veces sea gestionada privadamente: no

hay que confundir educación pública con educación estatal—, el lugar donde el niño y el adolescente pueden convivir con la diferencia social, con la diferencia política, la étnica, la religiosa, la de color, de la raza o incluso de la capacidad, me parece primordial para preservar algo de lo que podría ser en el futuro siglo XXI el sentimiento de solidaridad, una conciencia de solidaridad capaz de mantener la cohesión social, porque conociendo las diferencias, se respetan.

La pirámide del trabajo se ha invertido en las sociedades desarrolladas. Quedan pocas gentes ocupadas y sobre esas pocas gentes ocupadas, que producen mucho más, pesa una población pasiva cada vez mayor. Los ocupados serán cada vez más sensibles al mensaje neoliberal fundamentalista que toca al individuo diciendo: ¿por qué usted, que puede resolver sus problemas de educación, sus problemas de salud y capitalizar su propia pensión personal, se va a preocupar de tanta gente que depende de su trabajo y de su esfuerzo, si le va a salir más barato este sistema que pagar impuestos? La quiebra de la solidaridad, unida a la transformación que está produciendo, entre otros factores, la revolución tecnológica, es uno de los desafíos más serios que tienen por delante quienes creen que lo fundamental para la política es dar una respuesta a los problemas de la sociedad.

Movimientos de capital: ¿Casino financiero mundial?

Como dije antes, dentro del fenómeno de la mundialización lo que más llama la atención, y algunos de mis colegas responsables políticos lo comprenderán muy bien, no es tanto el crecimiento del comercio mundial. Hay nuevos protago-

La libertad de movimientos de capital es una auténtica revolución.

nistas. Pero en términos globales el comercio mundial crece en una media de 4% anual. En intercambio de servicios, de mercancías o de inversiones productivas, un crecimiento similar se vivió antes de la primera guerra mundial, aunque los actores fueran otros. No es nuevo. Lo nuevo es el crecimiento de los movimientos de capital, de dinero que busca dinero.

De dinero que busca dinero y, sobre todo, de dinero caliente, circulan entre 1,3 y 1,4 billones (millones de millones) de dólares cada día por los mercados de cambio. Un país como España tiene 60.000 millones de dólares de reserva de divisas para defender su moneda frente a algún movimiento especulativo. Si la cola de ese potente huracán que circula cada día, veinticuatro horas del día, por los mercados de cambio pasara un día por mi país, sólo rozarlo significaría la liquidación de nuestras reservas de divisas en media hora de entretenimiento. ¡Tanta reserva de divisas para defender la estabilidad cambiaria y la potencia de nuestra moneda, símbolo de nuestra soberanía!

No hay fórmulas para contener, ni hay fronteras para limitar la libertad de movimientos de capitales. La libertad de movimientos de capital es una auténtica revolución de la nueva situación internacional, lo que verdaderamente está mundializando la economía a nivel planetario. Tenemos que acostumbrarnos

los políticos a gobernar «capital humano» porque el «capital» sin más lo gobiernan otros.

Ahora bien, el 90% de los capitales que circulan —el 90% de esos 1,3 o 1,4 billones de dólares diarios— son transacciones que se realizan en menos de una semana y que no se corresponden con transacciones de mercancías, ni de servicios, ni, mucho menos, de inversiones productivas. Es dinero que busca dinero o beneficios en los mercados de cambio, situación completamente nueva que puede permitir a todos aproximarse a los responsables del poder político en cada nación de una manera un poco más comprensiva. Creo que no hay que resignarse ante ningún fenómeno, pero no se me ocurre proponer que haya barreras nacionales frente a la libertad de movimientos de capital. Eso no es posible. Se pueden intentar esas barreras, yo lo hice durante veinte días en el año 1992, y a los veinte días, después de algunos ataques a la peseta, renunciemos al intento. El gobernador del Banco de España me dijo: «Mejor quitamos estas medidas de control porque no sirven para nada. Nos están quitando credibilidad y nos van a producir efectos muy negativos en los flujos de inversión que necesitamos».

No renuncio a la formulación, por lo menos teórica, de que debe haber un marco regulatorio para esos movimientos de capital, aunque nadie se atreve a

***Debe haber un
marco regulatorio
para los movimientos
de capital.***

decirlo. No puede ser una regulación nacional, ni siquiera regional, pero el Fondo Monetario, las grandes autoridades mundiales en la materia acabarán por tener un marco regulatorio. Probablemente ya no será el viejo patrón oro el que regule el intercambio, no será Bretton Woods, pero habrá alguna fórmula. Es imprescindible. La experiencia reciente de México lo demuestra de manera palpable. La llamada crisis de Hong Kong lo ha puesto de relieve. Otros hemos vivido experiencias menos dramáticas, pero importantes: países como Gran Bretaña o como España u otros. Es imprescindible que haya un mecanismo de prevención de conflictos financieros y de respuestas rápidas a esos conflictos, porque esos conflictos financieros se van a seguir produciendo.

Las economistas más ortodoxos dirán que todo depende de lo bien que funcione la economía, lo cual es verdad. Pero no es toda la verdad, tal como empieza a decirlo George Soros, un gran especialista en movimientos de capital, un hombre que sabe lo que significa especular con los mercados de cambio.

La crisis del Estado

Pues bien, si los desafíos de la globalización, la revolución tecnológica y la libertad de movimientos de capitales son así, ¿qué podemos hacer con el Estado? ¿Qué papel tiene que jugar el Estado? ¿Y qué tipo de Estado hace falta?

La reforma del Estado parece imprescindible. El Estado interventor en todo, el Estado totalitario comunista, es un gran fracaso histórico. Lo digo describiéndolo, no como una crítica a destiempo. Cuando eso se podía combatir o criticar, había que combatirlo o criticarlo. Ahora ya no existe, práctica-

mente; ha comenzado a ser objeto de estudio histórico y no hace falta exagerar la crítica. El modelo de Estado totalitario comunista está descartado, pero también lo está el modelo del Estado nacional populista que tiene algunos rasgos de conquista popular y algunas veces se confunde con el Estado del bienestar.

Mi amigo Fernando Henrique Cardoso, presidente de Brasil, está empeñado en reformar el Estado brasileño. El capítulo uno de esa reforma es que en los presupuestos de algunos de los estados brasileños más del 100% de los recursos, a veces incluso el 105%, está destinado a burocracia. La totalidad del presupuesto está asignado a personal y clase pasiva. Y a esto algunos le llaman el Estado del bienestar. Si todo se gasta en burocracia, ¿con qué se hace justicia social?, ¿con qué se atiende a las pensiones? Esto es una deformación del Estado, es un Estado nacional populista clientelar que crece y crece, se llena de grasa, pierde agilidad y capacidad de respuesta ante fenómenos como los que he descrito antes.

Alguno pensará que estoy de parte de los que desde el «pensamiento único» reclaman la virtual desaparición del Estado. No. Ya es repugnante intelectualmente la sola expresión de pensamiento único. Después de haber vivido Hitler y Stalin, o Franco en mi país, que en paz descansen, lo de pensamiento único resulta bastante repulsivo. No estoy por el Estado mínimo, por el Estado enclenque, por el Estado que se lo lleve el viento. Creo que el Estado tiene que cumplir una función, una tarea social. Creo que la política sólo se legitima socialmente. Ni siquiera una macroeconomía sana es suficiente por sí sola para legitimar al Estado y a la política, pero ése será el siguiente punto de mi refle-

xió. Lo que quiero subrayar ahora es que no estoy de acuerdo con el Estado enclenque, aunque no hay que engañarse tampoco: el Estado-nación tal como lo conocimos en la edad contemporánea está en crisis. Sufre no sólo de los problemas que he descrito, sufre también de una tensión hacia la supranacionalidad, hacia la búsqueda de espacios más allá de las fronteras del Estado-nación. El modelo puede ser el TLC o la Unión Europea o el Mercosur, pero las tendencias a la supranacionalidad son las mismas, son un fenómeno mundial.

¿Qué es lo que define a una nación? Primera respuesta: la define la moneda. Cuando pienso en España dentro de la Unión Europea, entiendo que esto ya no es así. Vamos a tener una moneda europea común, espero, y ya no será la moneda lo que defina a la nación española. Lo cierto es que cuando haya un banco central europeo, mi país no perderá sino recuperará parte de su soberanía monetaria. Ahora, como vivimos en la zona marco, lo mismo que otros viven en la zona dólar, cuando el Bundesbank, el banco central alemán, decide subir medio punto los tipos de interés, la soberanía monetaria de mi país consiste en decidir a qué velocidad —mientras más rápido mejor— nos adaptamos a la decisión del banco central alemán. Y entre más tardamos en adecuarnos, digamos tres días, pagamos más que si lo hacemos en cuatro horas. Por tanto, contra la

***Es repugnante
intelectualmente la sola
expresión de pensamiento
único.***

***La inflación es el impuesto
más duro que puede
haber sobre la
pobreza.***

idea de la antigua lógica de la soberanía nacional monetaria, en la Europa de hoy, si tenemos un banco central entre todos, algo de soberanía recuperará cada uno.

Segunda respuesta: la frontera define al Estado-nación. Pero en Europa tenemos ya una frontera común para quince países y, dentro de poco, para veinte o veinticinco.

Tercera respuesta: las Fuerzas Armadas que defienden el territorio. En nuestro caso, la integración europea está acompañándose de una defensa común.

Lo que me interesa poner en claro es que esta dimensión supranacional del Estado está dejando en parte vacío de contenido al Estado nacional. Nos vamos a quedar nada más con la bandera. Todo lo demás, los elementos tradicionales de la soberanía nacional, están sometidos a las tensiones cada vez más fuertes de la supranacionalidad y ése es también un fenómeno al que nadie escapa. El otro lado de la pinza que aprieta al Estado nacional viene de dentro: es la descentralización política a nivel interno, fenómeno que también pone en cuestión el concepto tradicional de Estado nacional. Los Estados tenderán a ser realmente federales, porque la descentralización política es un fenómeno imparable. La aproximación del poder al pueblo, del representante al representado, es un signo de nuestro tiempo que

hace más complejo el ejercicio del poder. La reclamación identitaria, frente a la homogeneidad de la globalización, tiende asimismo a la distribución interna del poder.

Políticas macroeconómicas sanas

Dadas las circunstancias y los desafíos del mundo las políticas macroeconómicas sanas —equilibrio fiscal, baja inflación, control estricto del gasto público según las capacidades reales de financiarlo— son una obligación del gobierno. Más aún: el gobierno que no es capaz de trabajar por una política macroeconómica sana es un gobierno que puede ser tachado de irresponsable. El tema de los equilibrios financieros, eso de respetar la política macroeconómica sana, suscita debates virulentos en la izquierda. Yo no sacralizo nada, mucho menos el mercado. Lo defendía cuando entre los socialistas no estaba de moda defenderlo y, ahora que está de moda confiar todo al mercado —salud, educación, pensiones, etc.—, digo que el mercado no lo resuelve todo.

Pero me resisto, cuando discuto con mis compañeros de ideas, a que critiquen políticas macroeconómicas sanas, discuto con ellos cuando se oponen a que los gobiernos ataquen la inflación y reduzcan el déficit de sus presupuestos. No hay cifras mágicas para el déficit. El presidente Clinton ha llegado por fin a un acuerdo con los republicanos para que en el año 2002 el presupuesto de Estados Unidos sea finalmente un presupuesto equilibrado, un presupuesto sin déficit. Ya lo es en la propuesta que acaba de presentar. Ellos lo han decidido así, pero no es el único camino. Cada país debe encontrar su camino. ¿Un déficit del 0% es el ideal? No necesariamente. ¿Un déficit de 3% es una

catástrofe? Puede no serlo. Es una catástrofe si el país tiene una capacidad de ahorro interno de sólo el 8 ó 10% porque entonces el 3% de déficit no es financiable, se va acumulando como deuda interna y externa y acaba absorbiendo, para pagar, prácticamente la totalidad del ahorro. Pero un 3% de déficit en Singapur, que tiene más de un 50% de ahorro interno, no es un problema.

Menos consideraciones hay que tener con el caso de la inflación, que tantas veces ha sido adorada por la izquierda porque se pensaba que la lucha contra la inflación era enemiga de la lucha por el empleo. Bueno, se acabó la fiesta: aquel invento de la inflación con desarrollo de los años sesenta y primeros setenta en Brasil fue un error histórico que no es repetible. La inflación es el impuesto más duro que puede haber sobre la pobreza, sobre las rentas bajas, sobre los salarios y sobre las pensiones. Es chocante, la menos para mí, todavía ver desde el pensamiento de la izquierda la defensa de políticas que no sean antiinflacionistas.

La inflación, para el que tenga una renta de 100.000 dólares, no es un problema dramático. No porque no pierda valor su dinero, lo pierde, pero como parte lo tendrá consignado precisamente en dólares, perderá algo menos. La inflación es un drama para el que tiene una pequeña renta como pensionista o como trabajador, no para el que tiene una gran cantidad de dinero. Por eso, cuando uno contempla el esfuerzo de un gobierno, el que sea, por hacer una política macroeconómica sana, no debería criticar ese objetivo. Se puede discrepar en cuál es la mezcla de ingresos y de gastos que hay que hacer para que la economía sea sana y a la vez cumpla objetivos sociales. Pero no hay discu-

***La sociedad puede entender
el ajuste, pero no un
ajuste permanente
y eterno.***

sión posible, creo, en torno a la necesidad de una política económica que busque los equilibrios fundamentales de la macroeconomía como una condición indispensable de salud económica, de responsabilidad política y, finalmente, de eficacia en sus objetivos sociales. A este aspecto de la responsabilidad social del Estado y de los poderes representativos quiero dedicar el siguiente punto de mi reflexión.

Estado, ¿para qué? La legitimación social de la política

¿Cuál es el papel y la fisonomía que debe tener el Estado moderno, el Estado que requieren los desafíos de la globalización, del cambio tecnológico, de las tensiones de la supranacionalidad y la descentralización? Hemos hablado de la reforma inexorable del Estado en busca de un Estado que podríamos describir como un Estado musculoso y sin grasa, un Estado fuerte, en el sentido de que tenga agilidad, capacidad de respuesta, responsabilidad ante los ciudadanos, transparencia en su funcionamiento y legitimación democrática. Un Estado fuerte en ese sentido, no en el sentido de la obesidad y del nacional-populismo trasnochado. Ahora hay que preguntarse para qué ese Estado, para qué esa responsabilidad política en el equilibrio de las políticas macroeconómicas. La política macroeconómica que no responde a unos criterios razonables de salud y

***Los gobernantes tienen
la obligación de dar razonable
igualdad de oportunidades
a los ciudadanos.***

equilibrio financiero, es una política que somete a una extrema fragilidad a los países. Es una política en la que se pueden producir accidentes gravísimos desde el punto de vista de la financiación de necesidades básicas de inversión y desarrollo que se requieren para no quedar fuera de las exigencias del mundo moderno, en particular de esa nueva frontera de desarrollo que es la revolución tecnológica.

No obstante, las políticas macroeconómicas sanas son instrumentales, no es ésa la finalidad que legitima al gobierno. Empieza a haber una preocupación generalizada, incluso en el Fondo Monetario Internacional y en el Banco Mundial, en torno al problema de la legitimación social de las políticas macroeconómicas sanas —o, si se prefiere, de las políticas de ajuste—. La sociedad puede entender el ajuste, pero no un ajuste permanente y eterno, y no permanente y eternamente realizado a costa de los débiles o los menos protegidos. La pregunta es entonces pertinente: políticas macroeconómicas sanas, ¿para qué? O, en otras palabras: ¿cuál es la función del Estado? ¿El Estado, para qué? Lo diré en términos que les gustarían a los economistas liberales: para crear capital físico y capital humano.

Capital físico: es necesaria infraestructura de comunicaciones, de telecomunicaciones, de energía, esto es, la infraestructura material que facilite el

desarrollo. Capital humano: vale decir, educación, educación y más educación, pero también salud y protección social. Eso es capital humano. Si es verdad que en el siglo XXI, la materia prima fundamental de la industria será la inteligencia, es mejor que haya en el mundo ciudadanos bien educados, bien alimentados y en buen estado de salud. Se trata de una inversión que no va a atender nunca suficiente ni eficientemente el mercado, que también asigna recursos. Este es un problema central. El presidente de los Estados Unidos es capaz de mandar a 800.000 hombres al Golfo Pérsico, pero no es capaz de reformar la sanidad estadounidense, que tiene fuera de los servicios de salud de ese país a cuarenta y dos millones de personas y cada año hay un millón más de americanos que quedan fuera. Por tanto, ¿para qué gobernar?, ¿para qué hacer política?, ¿cómo se legitima socialmente la política?

He hablado de capital físico y de capital humano. Haré finalmente una reflexión sobre esas tareas y otras responsabilidades públicas que me parecen esenciales. Los gobernantes, a mi juicio, tienen la obligación de dar razonable igualdad de oportunidades a los ciudadanos. Me importa más el debate sobre los derechos de los ciudadanos y las respectivas obligaciones del Estado ante estos derechos, que el debate, a veces más encendido y violento verbalmente, de si debe administrarlos el Estado o gestionarlos la empresa privada. Este debate me parece secundario, siempre que la empresa privada acepte que los derechos de los ciudadanos ponen límite a la única regla del mercado que existe, la regla de la optimización del beneficio. Es la única regla de mercado que conozco, no hay otra. Si a la empresa privada se le pide algo diferente de la optimización del beneficio,

se le está pidiendo que vaya contra su propia lógica. Pero el Estado puede regular el marco de actuación de las empresas privadas, de tal manera que los servicios no prestados públicamente, pero que tienen una dimensión de derecho de los ciudadanos, puedan ser prestados privadamente.

Eso me parece de segundo orden en la discusión, aunque a veces se confunde y el debate se organiza, desde la izquierda, en contra de las privatizaciones y, desde la derecha, a favor. Yo no estoy en contra de las privatizaciones. Estoy en contra de que la privatización lleve gas a Santiago de Chile, y nada más a Santiago de Chile, porque ahí está el 60% de la población y ahí está el negocio óptimo. Estoy en contra de que el resto de la población al norte y al sur de Santiago no reciba gas, es decir, no reciba energía, y por tanto, no tenga posibilidades de desarrollo futuro. Creo que el Estado es responsable de limitar la optimización del beneficio. No de hacer entrar en pérdidas a una empresa —sería ridículo, porque entonces nadie aceptaría la concesión ni de gas, ni de electricidad, ni de nada—, pero sí de limitar la optimización del beneficio, de equilibrarla con el derecho de los ciudadanos. Estos son los derechos que las fuerzas gobernantes, los políticos, los responsables del Estado, tienen que garantizar, entre otras cosas por razones de estabilidad y equilibrio social. El mercado tiene una fuerza expansiva innegable, pero las aspiraciones de los seres humanos, las aspiraciones sociales, también tienen una fuerza expansiva innegable.

El político tiene que ser capaz de respetar las reglas del mercado, porque no hay democracia sin mercado, aunque haya mercado sin democracia (no se conoce la democracia sin mercado, pero el mercado sin democracia, sí). El político

hará bien en respetar el mercado, incluso en modular la fuerza expansiva de las aspiraciones sociales, pero confiar en que el mercado va a cubrir las aspiraciones de la sociedad en educación, en salud, en pensiones es pedir lo imposible, es pedirle a Adam Smith que otorgue al mercado virtudes que ya él mismo le negaba y ponía como responsabilidad de los políticos. Es pedirle al mercado que sea sensible y solidario socialmente. Hoy el poder político, sin duda, está obligado a hacer una buena administración de los recursos, siempre escasos, pero socialmente sólo se legitima si atiende los derechos básicos de los ciudadanos.

¿Cómo organizar la comunidad internacional?

Tres fenómenos nuevos, de carácter universal, impactaron sobre nuestras realidades nacionales. Sobre el ámbito de realización de la democracia representativa, alterando el margen de maniobra de los responsables políticos y exigiendo cambios en la estructura y en el funcionamiento del Estado-nación. Además, el mundo que vivimos busca un nuevo orden que sustituya al de la postguerra, caduco a partir de la caída del muro de Berlín.

Nos amenazan nuevos conflictos, que Samuel Huntington define como choque de civilizaciones. No hay bipolaridad,

***Hoy el poder político
sólo se legitima si atiende
los derechos básicos de los
ciudadanos.***

pero tampoco un nuevo equilibrio. Tenemos que avanzar en su creación, atendiendo a las nuevas realidades y a los nuevos desafíos. Podríamos contraponer a la realidad de una economía global la necesidad de un «progreso global», entre regiones del mundo y dentro de cada región, entre los seres humanos.

Un regionalismo abierto, política, económica y comercialmente, es lo que más se acerca, internacionalmente, a una respuesta adecuada a este desorden que genera un mal llamado multilateralismo puro. ¿Unión Europea, Mercosur, Grupo de los Tres, Alca? Por ahí va la respuesta. Hay que redefinir Naciones Unidas, su Consejo de Seguridad y sus organismos. También hay que pagar las cuotas para exigirle un buen funcionamiento. Al Fondo Monetario y al Banco Mundial les falta una pata para recuperar el equilibrio. La que perdió a comienzos de los setenta, abandonando al patrón oro, hay que volver a encontrarla. De lo contrario, las crisis financieras, de imprevisibles consecuencias, se seguirán produciendo.

Conclusión

Estos son siete puntos de una reflexión que no incluye la deuda externa, ni la crisis del Estado del bienestar, ni muchas otras cuestiones centrales del mundo moderno. Pero no quisiera terminar sin mencionar al menos dos cuestiones de primera importancia para el futuro.

Primero, la mitad de la humanidad son mujeres. Si de verdad la materia

prima del siglo XXI es la inteligencia, la educación, la capacidad, seríamos muy torpes desaprovechando la mitad del capital humano que son las mujeres. Si no entienden esto por solidaridad, por humanismo o por razones progresistas, yo les pido a los portavoces del pensamiento único, al menos, que lo piensen en términos económicos, en términos de mercado: ¿cómo desaprovechar ese inmenso capital humano? ¿Qué es esa mitad de la humanidad en países como Mozambique, donde tienen al 87,5% de la población femenina en el más absoluto analfabetismo?

Segundo, hay que decir que la globalización, el impacto de la revolución tecnológica, la concentración internacional de los multimedia, puede poner en riesgo la pluralidad cultural, que es una de las grandes riquezas de la humanidad, o incluso los equilibrios democráticos. Si los poderes públicos no son capaces de concebir una política de defensa de la pluralidad cultural como algo que no puede depender sólo del mercado, como quién produce mejor o más competitivamente zapatos, la humanidad se empobrecerá gravemente en este proceso de globalización. Sostengo la necesidad de una política cultural activa que defienda a las culturas que podríamos llamar minoritarias, pero que no lo son a veces, que podríamos llamar si se quiere menos potentes, pero que a veces son más potentes que las poderosas. Miren si no otra vez en las pantallas de televisión la cara de asombro del presidente Clinton cuando visitó el museo antropológico de México y vio lo que eran las raíces culturales de este país.